

(21-Oct.-63)



Habíamos quedado en Arapiles 14, 7ª izquierda. Es un edificio nuevo y moderno del Banco de Urquijo, que tiene reservada parte de esa planta para la Sociedad de estudios y publicaciones. Llegué en punto y él cinco minutos más tarde. Es la primera vez que ocupaba su despacho allí: un cuarto alargado sin llegar a saloncito con una mesa amplia y unos buenos butacones. Me traía la nueva edición de Naturaleza... y la separata sobre la persona que al final me las dedicaría.

Hacía la impresión de que esperaba que yo le trajese ya algo como una tarea concreta que discutir. Pero no hacía sino tres días que había estado con él. La mayor parte se fué en hablar de la última parte de su libro sobre la persona, donde discute el problema de la persona de Cristo. No voy a poner aquí todas sus disquisiciones porque aparecerán mejor en ese libro, que de suyo piensa publicarlo a finales de este año. Más bien voy a ceñirme a aspectos anecdóticos o biográficos. La conversación duró dos horas y media.

Habló del origen de Sobre la esencia. Cómo empezó siendo una nota a las conferencias sobre la Persona, la primera de ellas donde aparece la segunda interrupción -la primera estaba ocupada por las antinomias de naturaleza y persona-. Era una nota que pretendía aclarar las cuatro líneas que en el texto se dedicaban a la esencia. La nota se alargó a diez páginas y entonces pensé hacer de ella un apéndice; el apéndice se alargó a 30 páginas y entonces pensó en un folleto, pues debía una publicación a la Sociedad. Y el folleto fué creciendo hasta convertirse en libro. Si le hubieran dicho que escribiera un libro sobre la esencia nunca lo hubiera hecho. Pero tampoco es verdad que después de tener un libro acabado lo rehace completamente: en cuanto lo termina lo entrega. Lo que pasa es que a medida que avanza y encuentra nuevas ideas hay que preparar en las anteriores la rampa correspondiente. Con todo cree que si no llega a ser por la obligación que tenía con la Sociedad no lo hubiera terminado. De hecho una vez concluido estuvo a punto de retirarlo porque le hacía la impresión de un mamotreto pasado y reiterativo. Entonces su mujer trató de convencerle para que no lo hiciera. Y él enfadado dijo que el único que podía decidir era él mismo. Después de 24 horas de lucha lo dejó pasar. Las correcciones de pruebas que fueron tres hechas por él mismo introdujeron algunas cuñas para aclarar lo que en la lectura no le parecía suficientemente claro. Así concluyó un trabajo forzado de tres años.

Le pregunté si tenía un plan de lo que iba a escribir todavía. Me dijo sí y no. Tiene interés en completar su metafísica -en el libro publicado se expresa lo que las cosas son pero no expresamente el devenir de las mis más- afrontando el problema de la causalidad no en sus diferencias vistas desde el efecto sino de la causalidad como una función extática en conexión con lo que es el amor -algo se insinúa en las pp. 358-359 de Naturaleza... que él mismo me leyó-. También quisiera reunir todos los temas antropológicos que han andado dispersos por sus cursos y una vez reunidos ensamblarlos en una verdadera unidad. (No le gusta seguir la moda y vivir al día y por eso no se apresura a escribir la tal antropología que tantos le piden, porque en esa petición va la persuasión de que la vida humana es puramente de curso y no realidad. Tampoco le interesa primariamente la originalidad sino la verdad). Por fin querría escribir un tratado sobre Dios. Pero le cuesta mucho escribir, así como no le cuesta nada hablar con precisión y con profundidad. Por eso no sabe qué se irá realizando de todo eso en los pocos años que le quedan de pensamiento creador. (Lo que p.e. escribe ahora Menéndez Pidal es sobre cosas ya pensadas antes). Ahora de momento está terminando la cuarta conferencia sobre la persona de Cristo donde se le extrema su preocupación de precisión por tratarse de un tema teológico, temas que son los que más le llenan aunque de ellos escriba tan poco.